

d e b a t e

El niño que más te necesita

Graciela González de Tapia

En una escuela como la nuestra,* donde lo esencial es procurar satisfacer las necesidades de los niños y fundamentar el trabajo escolar en sus propios intereses, no deberían existir los niños problema; sin embargo, existen.

Ahí están: uno reparte patadas, otro rompe el dibujo del compañero o escupe en su refresco.

El niño que para nosotros se perfila como problema no es el que saca bajas calificaciones, porque no calificamos; ni el que no hace la tarea, porque no dejamos tareas; ni el que reprueba el examen, porque no hacemos exámenes. Para nosotros, el niño problema es aquel que empuja, pellizca, muerde, pega, arrebat, esconde, roba, insulta... y al final termina llorando, y peor si acaso ni siquiera puede llorar.

¡Y cómo se comporta en el salón! Nada lo atrae, nada constructivo le interesa, se dispersa a la menor provocación, no sigue el ritmo de la clase, la participación es prácticamente nula, la relación con los otros es obviamente conflictiva.

En algunos casos es difícil aceptar

que algunos niños manejan tan altos niveles de agresión. Son niños éstos que sufren mucho, sufren mucho más de lo que hacen sufrir a los otros, y nosotros sufrimos con ellos al parejo.

Aunque estos niños no representan ni dos por ciento del alumnado de nuestra escuela, nos preocupan enormemente.

Repetimos sin cesar —sea a la hora del patio, o en el aula, en el transcurso del consejo técnico, durante el cafecito de la mañana—, de mí para los compañeros maestros, o entre ellos mismos, uno de los tantos lemas que con el tiempo hemos acuñado: “El niño que te cuesta más trabajo, es el que más te necesita”.

Y es que, aunque nos interesa mucho el desenvolvimiento académico de los alumnos, más nos interesa su seguridad emocional.

Tal vez exagero al pensar que algunos niños pueden ser muy agresivos, porque en general nuestros chiquitos se llevan bien, hacen un recreo tranquilo, se apoyan unos a otros, se echan porras, y al correr de los muchos años siguen siendo amigos.

Hace apenas una semana me contaba una señora de nuestra escuela que un chiquillo, pariente o hijo de amigos, no lo sé, no quería asistir más a su escuela,

*La escuela “Manuel Bartolomé Cossío”, que labora en el marco de la escuela Freinet.

una de esas multitudinarias, de puros niños, porque, siendo menudito, un grandulón lo metía a la fuerza en un bote de basura y lo arrastraba por todo el patio durante el recreo, sin que él pudiera defenderse, y sin que los maestros se enteraran o hicieran algo drástico para detener la agresión, por lo que el chiquito, para defenderse, trataba de hacerse el perdedizo, de disimular su presencia, de esconderse.

—Yo le dije a la madre —me cuenta— que en nuestra escuela eso no podría suceder, porque ya el menudito habría criticado al grandulón, y frente a la asamblea éste habría tenido que explicar sus motivos. Y el pequeño jamás hubiera tratado de pasar desapercibido, sino que, por el contrario, haría valer sus derechos públicamente.

La verdad es que así solucionan sus conflictos los niños que *no son problema*, que tienen los tropiezos naturales de la diaria convivencia.

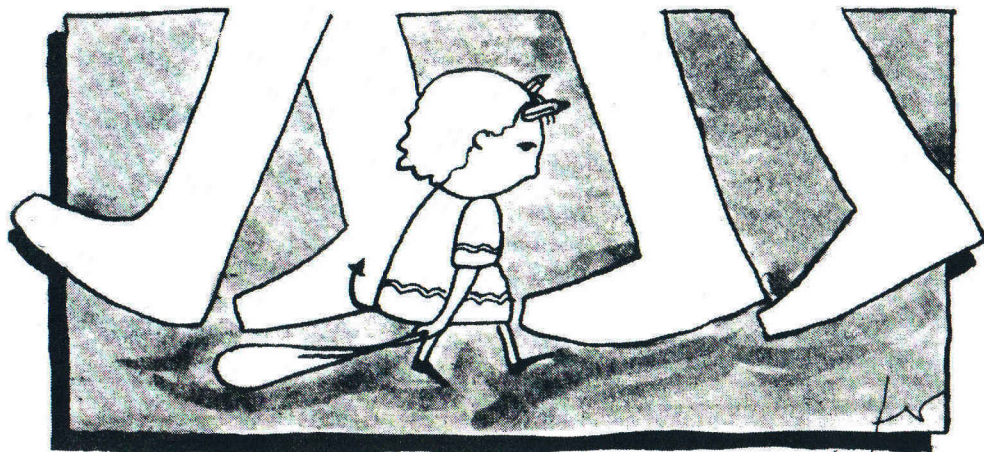
Pueden criticar y pueden ser criticados. Tanto el criticado como el criticador tienen derecho a hacer uso de la palabra y exponer sus puntos de vista frente a los demás. La asamblea obser-

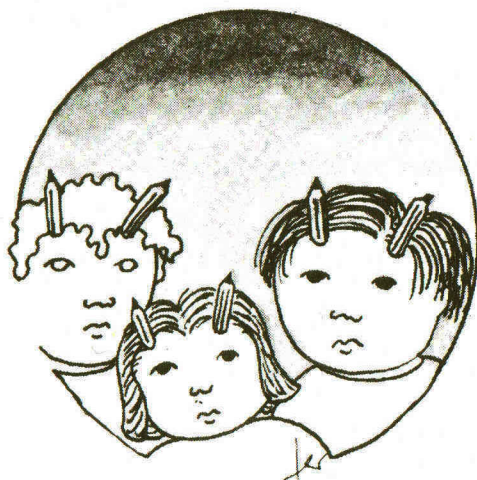
va, escucha y decide. Por votación acepta o no la crítica. Un niño que es criticado tres viernes seguidos (las asambleas son los viernes) empieza necesariamente a modificar su conducta y a responsabilizarse de sí mismo.

No, éstos no son los niños problema. Los niños problema, para nosotros, son los que dan problemas porque *tienen* muchos problemas. Y si queremos solucionarlos, lo primero es conocerlos.

Punto número uno, citar a los padres. Las entrevistas con los padres son de muy diferentes tonos. Nos interesa saber cómo es el niño en la casa, qué sucede con los hermanos, con la comida, con su propia habitación. Es una plática larga en la que lo más importante es lo que no se dice expresamente, sino lo que sale sin querer.

No se trata de *acusar* al niño con sus padres para que lo *castiguen*, sino, al contrario, de tomar la defensa del chico y proponer nuevas formas en la relación familiar. Por lo general los conflictos surgen de la repetición de arquetipos educativos que irreflexivamente se heredan por generaciones y que son evidentemente caducos.





En otros casos no. Los niños son seriamente dañados con abandonos, humillaciones, golpes, ¡qué se yo! Cuántas veces se recomienda una terapia familiar con un especialista, y qué difícil es que los padres que más la necesitan accedan a ella. Pero no cejamos. Tratamos de hacernos comprender por los padres, y normalmente lo logramos.

Los niños se tranquilizan notablemente cuando las condiciones que los enfadan o exacerban se aminoran o desaparecen. Para que esto suceda algo ha de cambiar también con los padres: una jerarquización diferente de valores, una toma de conciencia, una reafirmación de ideas nuevas pero tibias.

Cuando la mamá de un pequeño de primer año me preguntaba: —Dime, ¿cuándo va a cambiar este hijo mío? —Si nos ponemos de acuerdo, puede ser que en quinto año sea un chico espléndido. —¿Hasta quinto? —Si acaso...

Y pasaron cuatro años, y aquel chiquito que hacía volar los lápices y plumones en el salón durante la clase, que rayaba la chamarra del compañero de adelante, que le encantaba repartir piso-

tones y moquetes, que hacía berrinches sensacionales, que deambulaba por el salón todo el tiempo, que mordía las manos de la maestra cuando lo detenía, que a la menor provocación soltaba un rosario de palabrotas, de repente empezó a comunicarse con la madre, y fue más o menos escuchado, y se atrevió a hacerle una serie de reproches y no fue abofeteado como antaño, etcétera, etcétera, y poco a poco se calmó, y empezó a ser productivo, y en quinto año (qué rápido se pasa el tiempo) era un chico encantador.

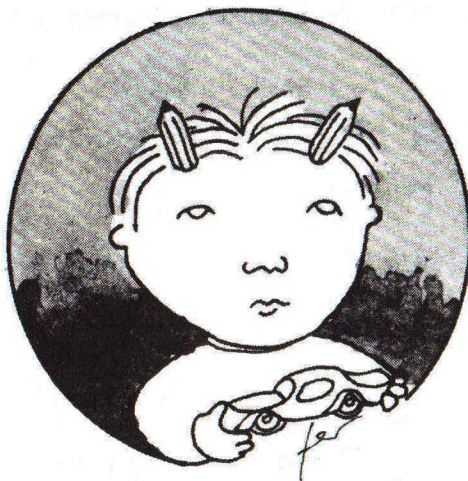
Es difícil aceptar, si se piensa cómo es una relación entre adultos, que los niños, aquellos que tanto se lastimaron, se insultaron, se golpearon, sean en un par de años (o en un par de semanas) tan buenos amigos.

Cuando hay cambios de conducta y la agresión cesa, la aceptación de los compañeros no se hace esperar.

¿Conocen la famosa frase de “mi hijo no quiere venir a la escuela porque nadie lo estima”, “porque no tiene amigos”, “porque lo molestan mucho”, etcétera?

Qué difícil es hacer entender a los





padres que el rechazo no es una causa, sino un efecto. Al cambio de conducta se elimina ese rechazo; entre niños esto se da con facilidad.

Durante el tiempo de transformación del comportamiento, hay que enfrentar la situación en la escuela. ("El niño que te cuesta más trabajo, es el que más te necesita".)

El manejo de estos chicos se vuelve un estira y afloja. Por un lado, se les escucha, siempre se les escucha; es muy importante para un niño hablar, explicar, decir lo que le aqueja. Por otro lado, hay que reprimir continuamente, en el momento preciso, la conducta antisocial.

Cuando surge el conflicto, basta a veces con escuchar a los involucrados. Cada uno cuenta su versión, sin que los otros lo interrumpen, los ánimos se calman, y es suficiente.

Si un niño con muchos problemas aprende a hablarlos, está en mejor camino que aquel que no puede expresarse, que no suelta prenda, que todo se lo traga.

Es difícil, y se necesita una paciencia infinita, profundizar en los problemas

de los niños, concientizar a los padres, y esperar, en este estira y afloja, los buenos resultados.

Recuerdo a una maestra que decía a un alumno muy inteligente y terriblemente agresivo, que boicoteaba la clase de lo lindo: "Hijito, a ver, dime, por qué si eres tan lindo me tratas de engañar". Y con esa política terminó por tranquilizarlo.

En algunos contados casos, cuando no hemos encontrado apoyo en los padres, nada se ha logrado. No bastan las críticas leídas en la asamblea, ni las reflexiones del grupo, ni la buena disposición de los maestros.

Pero, en general, preocuparse seriamente por el bienestar emocional de los niños, permitirles expresarse, alentarlos continuamente, estimularlos positivamente en el momento preciso, comunicarse con los padres y convencerlos de las necesidades y carencias que tienen sus hijos, alivia las tensiones y resuelve positivamente los problemas de los niños.

